

El elefante

Nicolás Abreu Felipe

HABÍA UN ESPACIO DE LUZ QUE COLGABA DEL TECHO COMO UN GARGAJO. NO estaban allí los garabatos que veía todas las noches. Miró hacia la cortina y no pudo distinguir en la claridad que se filtraba por ella (si es que a aquello podía llamársele claridad), nada extraño. Era una baba azul, tintineante, que se negaba a moverse de la humedad de los cristales. Pero lo raro era que la luz insistía en comunicarse con él. Hubiera jurado que le guiñaba un ojo, que le sonreía mostrando una lengua húmeda entre unos dientes parejos y hermosos. Dio una voltereta en la cama y miró la pared que caía del techo como si flotara. Afincó la almohada entre los muslos y restregó los güevos contra ella. Tenía ganas de orinar, sentía la carne hincar el relleno y era rico el placer que le proporcionaba la funda fría en la piel. Pero no era guata lo que había dentro de la almohada, no fue eso lo que encontró cuando rompió la costura y la introdujo dentro. Le dio asco, la guata era más sabrosa. *Tengo que conseguir una almohada de guata como aquellas primeras que enchumbé. Mejor me levanto y voy al baño; pero si orino se derrumba y no quiero darle ese gusto. Debo agitarla y masturbarme.* No pudo definir si el deseo que sentía era el de otro cuerpo o el de él mismo. Con apretarse ya tenía, con batir por un rato lograría satisfacerse y conciliar el sueño de nuevo. Se viró hacia su mujer y colocó la carne dura entre las nalgas, la presionó contra la masa caliente, suave. A las mujeres les encanta agitarse esa estaca dentro al amanecer. *Si no se despierta me boto una paja, tengo deseos de soltar esto.* Pero si su mujer lo sorprendía masturbándose no lo perdonaría. Cómo le iba a explicar que lo hacía para no molestarla, por no interrumpir su sueño. Podía pensar que era humillante derramar aquel preciado líquido habiendo un vertedero tan cerca. *Hoy tengo ganas de diluirme en mí mismo, de templarme a mí mismo, de abrirme a mí mismo, de cagarme en mí mismo, de imaginarme a mí mismo, todo a mí mismo, siempre a mí mismo, nada en nadie sino en mí mismo. Masturbarme en mí mismo. Ser leche derramada en mí mismo.* Se incorporó sofocado con el rabo entre las manos y entonces fue que vio al elefante acurrucado a los pies de la cama. Mirándolo. Imitaba con la trompa lo que él tenía entre las manos. Todas las noches venía y se acostaba en la alfombra, a los pies de la cama. Tenía la piel limpia pero arrugada en el lomo. Ni él mismo sabía cómo aquel elefante había llegado hasta allí y no le importaba. Estaba a su lado cuando más lo necesitaba. No era capaz de abandonarlo. Al amanecer lo veía levantarse y desaparecer por la puerta del cuarto. Pero noche tras noche volvía y se tendía a los pies de la cama. Qué buena compañía que no pedía explicaciones, que llegó y se quedó. Qué buen amigo que regresaba

cada madrugada sin llamarlo, que nunca le dirigía la palabra. Lo miró sin hacerle caso como de costumbre, ya estaba habituado a sus repentinas visitas. El elefante tenía unos ojos redondos, que brillaban como dos bolones de cristal. A veces, en la oscuridad lo oía roncar feliz. Pero esta noche se puso en cuatro patas. Bufó, gruñó y sonrió. Con la trompa le dio un latigazo a la luz que colgaba del techo. El gargajo trató de afincarse pero recibió un golpe tan certero que lo hizo desprenderse. Chisporroteando, cayó sobre la cama. Los garabatos fueron llegando y se acomodaron, con precisión, en sus respectivos sitios en el techo.

— Yo también estoy excitado hoy —dijo el elefante—, tengo las mismas ganas que tú de descomponerme.



Carlos Alfonzo. De la serie *South Miami Hospital*. (1990)